



VIVIMOS UNA VIDA RECIBIDA¹

LOS ARTESANOS DE LA PAZ SON HIJOS DE DIOS

Premisa

Les recuerdo que estamos desarrollando la catequesis por los adultos, en el tiempo pascual inspirada, como siempre, en la Propuesta pastoral (texto bíblico u otro) de nuestro arzobispo, Mario Delpini.

Este año el título es “*Viviamo di una vita ricevuta*” y esta cuarta catequesis hace referencia al VI capítulo de su carta.

Para esta catequesis pues, les propongo principalmente los siguientes textos: Jn 14,27; 20,19.

Introducción

Las guerras que atormentan a los pueblos arruinan la tierra, destruyen la esperanza, son una tragedia persistente en este planeta que Dios quiso como jardín donde pudiera vivir el amor...²

Los hijos amados por Dios trabajan cada día por la paz, siguen a Jesús, que es nuestra paz, e imitan su estilo. Por tanto, no pueden permanecer en silencio ni evitar anunciar la Palabra de Dios que condena el gesto fratricida...³

La paz no es uno de los muchos temas cristianos, por importante que sea. Es el tema por excelencia.

Para entenderlo, debemos volver a dejar que Él nos diga esto nuevamente, a través de los Evangelios.

La paz de Jesús

Pues bien, los evangelios coinciden en decir que la víspera del día en que se dejaría arrestar y crucificar, Jesús tuvo un último banquete con sus amigos.

Fue precisamente en aquel contexto de despedida, en su último discurso a los discípulos, que Jesús proclamó solemnemente:

«La paz les dejo, les doy mi paz, y no como la da el mundo»⁴.

¹ Catequesis inspirada a la Propuesta Pastoral del arzobispo de Milán, M. Delpini, Para el año pastoral 2023-24.

² M. Delpini, CP p. 41

³ M. Delpini, CP p. 42

⁴ Juan 14,27

Entonces, ¿qué podemos decir?: ¿Hay diferentes paces? Y, sobre todo, ¿por qué Jesús sintió la necesidad de poner en claro esta diferencia? ¿Podemos tal vez desconfiar de la paz? No de paz, sino de una idea equivocada de paz ¡sí!

Los discípulos lo sabían por experiencia, porque unos años antes de su nacimiento, los romanos habían conquistado gran parte del mundo conocido, incluida Palestina, diciendo que lo hacían para “traer la paz” (¡hasta el día de hoy!): la llamada Pax Romana.

En realidad habían traído la guerra, como dice un eslogan que se ha vuelto clásico: «Si quieres la paz, prepárate para la guerra».⁵

Por tanto, una violencia terrible había caído sobre el pueblo de Israel. Cualquiera que intentaba rebelarse acababa clavado en una cruz y algunos gobernantes se hicieron famosos por su crueldad: entre ellos, Herodes el Grande y el gobernador Pilato.

Hasta donde llegó esa “paz”, parecía haber pasado un huracán, hasta el punto de que un escritor de la época, Tácito (a pesar de ser romano y senador él mismo) los criticó diciendo: «¡Crean un desierto y lo llaman paz!»⁶.

Por este motivo, Jesús consideró oportuno tranquilizar a sus discípulos: «*no como la da el mundo*». Pero entonces, ¿cómo es la paz de Jesús?

¡La paz sea con vosotros!

«*Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice: “La paz esté con ustedes”*»⁷.

Al atardecer del Domingo de Resurrección, los discípulos seguían atrincherados en casa: paralizados por el miedo y la falta de fe. Pero de pronto sus ojos se abrieron y reconocieron finalmente la presencia del Resucitado, que los saludó así: «¡La paz esté con ustedes!»⁸.

Un saludo que en realidad expresaba mucho más que un deseo. Jesús, de hecho, lo repitió tres veces: y tres – lo sabemos – es el número de la plenitud, de la perfección.

Además, leyendo en continuación las últimas palabras del Crucificado y las primeras del Resucitado, no es difícil ver un discurso muy breve pero significativo, con el que – en la hora suprema de la Pascua – Jesús quiso revelar el significado más íntimo de su misión: «Todo está cumplido. ¡La paz esté con ustedes!»⁹.

Por eso había venido: para «*reconciliar consigo todo lo que existe, restableciendo la paz por la sangre de la cruz tanto entre las criaturas de la tierra como en las del cielo*»¹⁰.

Es decir, la paz con la que Dios había soñado desde el principio: paz entre Él y los hombres, entre todas las criaturas y dentro del género humano; pero que se había visto frustrada por una creciente desconfianza hacia Él y luego por muchas envidias, celos, egoísmo, avaricia y violencia fratricida.

⁵«*Si vis pacem, para bellum*», de Publius Flavius Vegetius Rhenanus, escritor latino (siglos IV-V).

⁶Tácito, Vida de Agrícola, 30.6

⁷Juan 20,19.

⁸Juan 20,19.

⁹Jn 19,30 y 20,19.

¹⁰Col 1,20.

Esa paz que tantas veces había tratado de reconstruir a través de los Patriarcas, Profetas y Justos de todos los tiempos, finalmente se había hecho posible gracias a la misión cumplida “por y en” Jesús.

Misión a la que el Resucitado nos asoció dándonos el Espíritu, para que pudiéramos llevar “su” paz al mundo¹¹: «*Jesús repitió: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes”. Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió: “Reciban el Espíritu Santo”*»¹².

*Todos los hijos de Dios practican obras de paz construyendo una solidaridad internacional que se oponga a los grandes intereses y prejuicios arraigados y a las políticas torpes que levantan muros, favorecen la explotación y defienden sus escandalosas riquezas*¹³.

Por supuesto que, incluso después de la venida del Mesías, Dios continúa respetando la libertad humana y por lo tanto la paz nunca se dará por sentada y definitiva. La tierra seguirá sufriendo injusticias, guerras y violencia cada vez que los hombres quieran hacerse daño; pero cuantas más personas compartan su proyecto, más la historia vivirá períodos de paz, hasta que se cumpla definitivamente en el Reino de los cielos.

Cristo es nuestra paz

Mientras tanto, sin embargo, gracias al don del Espíritu, los discípulos habían comprendido.

Pedro definirá el mismo evangelio como “*Evangelio de paz*”: «*Esta es la palabra que envió a los hijos de Israel, anunciando la buena nueva de la paz por medio de Jesucristo, que es Señor de todos*»¹⁴.

Como también leemos en la carta a los Efesios: «*Permanezcan firmes a pesar de todo. Cíñanse con el cinturón de la verdad, vistán la coraza de la justicia, calcen las sandalias del celo para propagar el Evangelio de la paz*»¹⁵... como prueba de una conciencia unánime¹⁶ en la Iglesia primitiva que «*Cristo es nuestra paz*»¹⁷.

Un “evangelio de paz” que no sólo debe ser predicado, sino sobre todo vivido. Por eso Pablo menciona la paz en las más diversas situaciones: cuando bendice, cuando exhorta e incluso cuando reprende.

Así, en la carta a los Romanos recomienda a los miembros de esa comunidad no escandalizar a nadie consumiendo alimentos que algunos consideraban prohibidos, por ser impuros u ofrecidos a ídolos; sino colaborar con el Señor Jesús en la realización de las obras de paz, sabiendo que esto es fuente de gozo en el Espíritu:

«*El reino de Dios no consiste en comidas ni bebidas, sino en la justicia, la paz y el gozo del Espíritu Santo. Quien sirve así a Cristo agrada a Dios y es estimado de los hombres. Por tanto, busquemos lo que fomenta la paz mutua y es constructivo*»¹⁸. Bendiciéndolos, pues, con este saludo: «*El Dios de la paz esté con todos ustedes. Amén*»¹⁹.

¹¹Cfr. Jn 14,27.

¹²Juan 20,21-22.

¹³ M. Delpini, CP p. 43

¹⁴Hechos 10.36.

¹⁵Ef 6,14-15.

¹⁶Entre los creyentes de la cultura judía y helénica.

¹⁷Ef 2,14.

¹⁸Rom 14,17-19.

¹⁹Rom 15,33.

A los Gálatas, sin embargo, que le causaban seria preocupación por las divisiones teológicas que perturbaban a la comunidad, les recordó que quien vive según el Espíritu no puede ser injusto con los demás, pendenciero y egoísta, porque: «*el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, ²³modestia, dominio propio*»²⁰.

Mientras que a los Filipenses, de los que estaba orgulloso, promete: "*¡El Dios de paz estará con ustedes!*"²¹, acuñando en esta ocasión aquella definición de Dios que propondrá nuevamente Juan Pablo II en el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2004: «*¿Y por qué otra razón los constructores de paz serán llamados hijos de Dios, sino porque Él por su naturaleza es el ¿Dios de la paz?*»²².

Pero, como ya decíamos, es la carta a los Efesios la que nos ofrece la intuición más madura de la tradición paulina sobre la paz, según el cual para nosotros la paz no es una cosa, sino el mismo Jesús:

*«Pero, gracias a Cristo Jesús los que un tiempo estaban lejos, ahora están cerca, por la sangre de Cristo. Porque Cristo es nuestra paz, el que de dos pueblos hizo uno solo, derribando con su cuerpo el muro divisorio, la hostilidad»*²³.

Por tanto, si hasta Cristo los hombres se habían sentido impotentes ante el mal y, por eso, legitimados en sus divisiones por la presencia de infinitos "muros de separación": algunos visibles, como el erigido en el patio del Templo de Jerusalén, para separar los judíos de los paganos o las fronteras, que aún dividen a los pueblos; otros invisibles (y por tanto aún más insidiosos), como la enemistad, el egoísmo y el odio... el amor liberado en la cruz los ha repudiado y debilitado a todos.

Es decir que el pecado, aguijón de la muerte²⁴, ya no es una fuerza invencible, capaz de esclavizar la voluntad humana hasta el punto de "*no permitirnos hacer el bien que quisiéramos y obligarnos a hacer el mal que no queríamos*"²⁵.

Al derrotar el mal con la práctica de la no-violencia, Jesús ha hecho posible de nuevo el plan original de paz deseado por Dios.

Una multitud que nadie podría contar

La larga narración bíblica termina como comenzó: con el sueño de la comunión universal bajo los signos de la fraternidad y la paz.

Juan, estando en Patmos – una isla del Egeo, donde había sido deportado a causa de su fe – tuvo una visión sobre el fin de los tiempos:

*«Después vi una multitud enorme, que nadie podía contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua: estaban delante del trono y del Cordero, vestidos con túnicas blancas y con palmas en la mano. Gritaban con voz potente: La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero»*²⁶.

²⁰Gálatas 5,22.

²¹Fil 4,9.

²²Mensaje por la Paz 2004, n. 9.

²³Ef 2, 13-14.

²⁴Véase 1 Cor 15,56.

²⁵Cf. Rm 7,19.

²⁶Ap 7,9-10.